



CAPITULO IX

La madrecita

Perezosa en llegar hasta los muros de la prisión fué la luz del día siguiente y en reflejarse en las ventanas de la sala del café, no siendo tan bien recibida como otras veces, porque venía acompañada de un copioso chaparrón. Las ráfagas del equinoccio barrián los mares, y el viento imparcial del sudoeste no tuvo á menos visitar la prisión de la Mariscalía, por reducida que fuese esta localidad. Silbando á través del campanario de la iglesia de San Jorge, y haciendo girar rápidamente todas las veletas de las inmediaciones, precipitose como ave de rapiña sobre el humo del barrio, lanzándolo contra la prisión, é introdújose al fin en las chimeneas de los presos que habían comenzado ya á encender fuego, faltando poco para asfixiarlos.

Arturo Clennam no estaba nada dispuesto á entregarse á la pereza, ni tampoco hubiera podido hacerlo en aquel sitio; pues muy de mañana llegó un dependiente para limpiar, encender el fuego, preparar la caldera, barrer y enarenar la

sala común. Gozoso al ver la luz del día, después de pasar tan mala noche, levantóse apenas pudo distinguir los primeros objetos que le rodeaban y se dirigió al patio, donde estuvo paseando dos largas horas antes de que abrieran la reja. Al fin giró ésta sobre sus goznes, y el llavero dejó salir á Clennam, que no pudo menos de experimentar un sentimiento de alegría al llegar al sitio donde había hablado á Federico Dórrit.

Arturo iba á salir ya del patio exterior, después de vacilar algunos minutos, cuando uno de los muchos recaderos que á todas horas andaban por allí acercósele para ofrecerle sus servicios; y entonces ocurrióle la idea de que aún podría hablar un poco con la niña Dórrit antes de irse. Sin duda se habría repuesto ya de su primera sorpresa, y no se negaría á escucharle más tranquilamente. Preguntó pues al oficioso servidor dónde estaba el establecimiento más próximo en que se pudiera tomar una taza de café, y el hombre le condujo á una especie de taberna situada en la misma calle á corta distancia de la prisión.

—¿Conoce usted á la señorita Dórrit?—preguntó Arturo á su acompañante.

—Sí, señor, conozco dos jóvenes de ese nombre; una que ha nacido en la Mariscalía...

—Esa es—interrumpió Arturo.

—¡Ah! me alegro; la conozco hace muchos años; la otra señorita Dórrit vive con su tío en la misma casa donde yo.

Esta contestación hizo reformar su proyecto á Clennam, que se proponía esperar en el café, encargando al mensajero que espicara la salida de la niña Dórrit y volviese corriendo á avisarle apenas la viera salir. Arturo pensó que sería mejor enviar una esquela á la joven, diciéndole que el visitante de la víspera deseaba decirle algunas palabras en casa de su tío. Clennam, que tenía ya noticias exactas sobre el domicilio del anciano, el cual vivía en la vecindad, despachó pues al mensajero, que partió loco de alegría al recibir una gratificación de dos chelines; y después de almorzar apresuradamente, dirigióse hacia la morada del viejo músico.

Había tantos inquilinos en aquella casa, tantas campanillas y timbres, que Arturo no sabía dónde llamar y estaba perplejo, cuando al volver la cabeza fijóse su atención en una placa que decía: *Instituto Cripples*, y debajo este rótulo: *Clase de noche*; un muchacho de rostro muy pálido se asomó en aquel

instante á una ventana, y Arturo le preguntó por la persona que buscaba.

—¿El señor Dórrit?—repitió el chico:—tercera campanilla á la derecha, y un solo golpe con el aldabón.

Clennam fué á llamar á la puerta que se le indicaba, y poco después abrióla el mismo anciano, que tardó algunos minutos en reconocer al visitante.

—¡Ah!—exclamó;—¿con que ha quedado usted cogido anoche?

—En efecto, señor Dórrit; y ahora he venido con la esperanza de ver aquí á su sobrina.

—¡Oh!—repuso el anciano con aire distraído,—ya comprendo que la presencia de mi hermano pudo molestarle; es natural. ¿Quiere usted subir y esperar en mi cuarto?

—Con mucho gusto.

Volviéndose con la misma lentitud que empleaba para todo, el anciano comenzó á subir por una escalera estrecha sirviendo de guía á su visitante. En aquella casa faltaba aire y percibíanse emanaciones malsanas; las ventanillas de la escalera daban á otras de la parte posterior de la casa contigua, en las cuales pendían trapos, ropa sucia y cuerdas, formando el todo un conjunto nada agradable á la vista.

En breve llegaron á una especie de buhardilla que daba al patio, donde en una habitación nauseabunda, cuyo principal mueblaje consistía en una cómoda vieja y un catre, veíanse sobre una mesa rota los restos de un almuerzo compuesto de café y tostadas. Allí no había nadie; el anciano, después de reflexionar un momento, murmuró que Fanny se había escondido, y dirigióse á una habitación contigua para llamarla. Entonces Arturo observó que sujetaban la puerta por dentro y pudo oír una voz que decía: «No abras, torpe.» Clennam supuso que la señorita Fanny estaría en traje de mañana, hipótesis que se confirmó por una mirada indiscreta que le permitió ver los bajos de un refajo de lana. El anciano volvió con paso vacilante y sentóse junto á la chimenea para calentarse las manos maquinalmente, pues ni hacía frío ni él se preocupaba del estado de la temperatura.

—¿Qué opinión tiene usted de mi hermano, caballero?—preguntó después de una pausa, cuando hubo echado de ver lo que hacía.

—Me alegro mucho de haberle conocido y de verle tan bueno y tan conforme con su suerte.

—¡Ah! Tan conforme con su suerte—murmuró el anciano;—sí, sí, es verdad.

Al decir esto, Federico Dórrit buscó en la chimenea su tabaquera de papel y tomó un polvo de rapé con su acostumbrada lentitud.

—¿Y qué piensa usted de Amy, señor Clennam?

—Me ha conmovido mucho, señor Dórrit, todo lo que presencié ayer y lo que de ella he sabido.

—Yo no sé—repuso el anciano,—lo que Guillermo hubiera hecho sin el auxilio de Amy, ni lo que sería de todos nosotros á no ser por ella.

Dicho esto, el anciano, sin pensar más en su visitante, continuó el almuerzo interrumpido; pero á poco resonó la tercera campanilla de la derecha.

—Será Amy—murmuró el tío Federico.

Y dirigiéndose á la escalera, comenzó á bajar muy despacio para abrir, dejando en el espíritu de su visitante, poco acostumbrado á semejante espectáculo, una imagen bastante viva de sus manos sucias, de su semblante arrugado y de su decrepitud.

Amy subió la escalera detrás de su tío, vestida siempre con la misma sencillez, y con el mismo aire tímido; sus labios estaban entreabiertos, cual si su corazón hubiese latido con más fuerza que de costumbre.

—Amy—le dijo su tío,—el señor Clennam te espera hace rato.

—Me he tomado la libertad de enviar á usted un mensajero—añadió Arturo.

—El cual ha desempeñado su comisión, caballero.

—¿Irá usted á casa de mi madre esta mañana? Me parece que no, pues llegaría usted más tarde que de costumbre.

—No iré hoy; pues no me necesitan.

—¿Quiere usted permitirme que la acompañe un poco por el camino que deba seguir? De este modo podría hablar con usted andando, sin detenerla aquí y sin abusar más tiempo de la hospitalidad de su tío.

La joven pareció vacilar al oír esta pregunta, pero al fin contestó:

—Como usted guste.

Arturo fingió que se le había olvidado el bastón, á fin de dejar á la niña Dórrit el tiempo suficiente para arreglar la cama, contestar á varios golpes impacientes que Fanny descargaba en la pared del cuarto contiguo, y hablar algunas pa-

labras con el anciano. Después volvió á buscar á la joven, y ambos bajaron la escalera, despidiéndolos á la puerta el anciano, quien seguramente les olvidó antes de que llegasen á la calle.

Arturo Clennam ofreció su brazo á la joven, y ésta lo aceptó.

—¿Quiere usted—preguntó Arturo,—que vayamos por el puente colgante? Así estaríamos más lejos del ruido de la calle.

—Como usted guste—volvió á contestar la niña Dórrit.

El viento seguía soplando con fuerza, y las calles estaban cubiertas de barro, aunque ya no llovía. A Clennam le parecía tan joven la pequeña Dórrit que más de una vez estuvo á punto de hablarle como á una niña. Acaso pensara también ella que su acompañante tenía demasiada edad.

—Siento mucho que haya sufrido usted tanta molestia por quedarse esta noche en la prisión—dijo la niña Dórrit,—es verdaderamente fastidioso.

—No importa; he tenido buena cama.

—Sí, sí—contestó la joven con viveza,—creo que hay buenas camas en el café.

Arturo observó que para la niña Dórrit, á juzgar por su tono, el café debía ser un palacio, del que estaba orgullosa.

—Ya sé—dijo la joven,—que todo cuesta allí muy caro; pero mi padre me ha dicho que se puede obtener una comida magnífica, y que hasta hay vino—añadió con timidez.

—¿Ha comido usted allí algunas veces?

—¡Oh! no; sólo he ido á la cocina á buscar agua caliente.

—Le pregunté á usted ayer tarde—dijo Arturo, cambiando de conversación,—cómo había conocido á mi madre, y ahora quisiera que me dijese si ha oído pronunciar su nombre alguna vez antes de que la enviase á buscar.

—No, caballero.

—¿Piensa usted que su padre la conozca?

—No, señor.

Manifestaba tanta sorpresa la mirada de la joven cuando se cruzó con la de su acompañante, que Arturo creyó conveniente añadir:

—Tengo mil razones para dirigirle esta pregunta, aunque no pueda explicárselas satisfactoriamente; pero no vaya usted á suponer, ni por asomo, que hay motivo para que le ocasionen la menor inquietud. ¿Me asegura usted, pues, que en nin-

guna época de la vida de su padre le fué conocido particularmente mi nombre de Clennam?

—Sí, señor.

Arturo comprendió por la entonación de su voz que la joven le miraba otra vez, con los labios entreabiertos, lo cual indicaba en ella una gran agitación interior; y para no intimidarla más no la miró ni le dirigió nuevas preguntas.

De este modo avanzaron por el puente colgante, que al separarse de las calles tumultuosas estaba tan tranquilo, como la campiña. El viento impelía con violencia las nubes diseminadas en un cielo color de plomo; el humo y la niebla parecían querer competir en celeridad con aquellas; y las obscuras aguas del río se precipitaban en la misma dirección.

—Permítame usted que la deje en coche—dijo Arturo.

La joven se apresuró á rehusar, alegando que ni la lluvia ni el sol la molestaban mucho, por estar acostumbrada á salir en todo tiempo.

Arturo sabía que era verdad, y por eso le inspiró más compasión, al pensar que aquel débil sér debía atravesar de noche las calles húmedas, sombrías y ruidosas de Londres, para dormir en un sitio tan triste como el de que acababa de salir.

—Manifestó usted ayer tarde tanto interés por mí—dijo la joven Dórrit,—y he sabido luego que había sido tan generoso con mi padre, que no he podido menos de acceder á lo que me pedía en su mensaje, aunque sólo fuera para darle gracias; pero particularmente para decirle...

La joven vaciló, y dos lágrimas asomaron á sus ojos, aunque no corrieron por sus mejillas.

—¿Qué?

—Que espero que no juzgará usted equivocadamente el carácter de mi padre, considerándole como á cualquier individuo de fuera de la prisión. ¡Hace ya tanto tiempo que está allí! Yo no le he visto nunca en otra parte; pero sé que ha debido cambiar por muchos conceptos, desde que se halla encerrado.

—Crea usted que no estoy nada inclinado á juzgar injusta ó severamente de su padre—contestó Arturo.

—No lo digo—continuó la joven con cierto orgullo,—porque tenga motivo para sonrojarme de él. Es preciso conocerle; todo lo que pido es que se le haga la justicia de recordar su vida pasada. Cuanto le ha dicho á usted es exacto en un todo, y ha sucedido tal como se lo cuenta. Se le respeta mucho; todos los presos nuevos se felicitan de conocerle, y su

sociedad es más buscada que la de ningún otro detenido. No se hace tanto caso del gobernador como de mi padre.

No podía darse un orgullo más dispensable que el de la niña Dórrit al hablar del autor de sus días.

—Con frecuencia he oído decir—repuso Clennam,—que sus modales son los de un caballero; no he visto allí á nadie que por tal concepto pueda rivalizar con él, y muy por el contrario, todos reconocen que es superior á los demás presos. Por esto le hacen regalos, tanto como porque es pobre. ¿Quién podría hacerse rico habitando una prisión por espacio de veinticinco años?

¡Qué tierno afecto había en las palabras de Arturo, qué simpatía en sus lágrimas contenidas, qué abnegación en su alma, qué sinceridad en su afán de rodear al anciano de una aureola, ay, poco merecida!

—Si he creído que debía ocultar las señas del lugar donde habito—continuó la joven,—no es porque me avergüence de mi padre. ¡Dios me libre! ni tampoco tengo tan á menos como podría creerse el vivir donde vivo, pues los que ingresan en la prisión no son por ello necesariamente malos; he conocido á muchas personas industriosas y honradas que fueron conducidas allí sin culpa; y casi todas deben tener buen corazón, puesto que se ayudan entre sí. Sería demasiado ingrata si olvidase que he pasado muchas horas tranquilas y agradables en esa prisión; que siendo aun muy niña, encontré un excelente amigo que me amaba mucho; que allí he aprendido lo que sé; y que allí he trabajado y dormido tranquilamente. Fuera cobardía y malignidad no tener un poco de cariño á todo esto.

Aliviada por estas confidencias que daban á conocer su noble corazón, la niña Dórrit dirigió á su nuevo amigo una mirada que parecía implorar su indulgencia, y añadió con modestia:

—No tenía intención de decirle á usted tanto, y es la segunda vez que trato de este particular; pero me parece que así podrá usted juzgar de las cosas mejor que ayer tarde. Le dije á usted que sentía que me hubiese seguido; ahora, caballero, no lo siento tanto, con tal de que no piense...; y hasta diré que no lo siento nada, si es que no he hablado demasiado confusamente para que... me comprenda bien, pues temo lo contrario.

Arturo contestó sinceramente que comprendía muy bien;

y colocándose de modo que pudiera preservar mejor á su compañera del viento que soplabá con fuerza, añadió:

—Ahora me siento más animado para dirigir á usted algunas preguntas, á fin de obtener varios datos, si es posible.

¿Tiene muchos acreedores su papá?

—¡Oh! muchos.

—Me refiero á los acreedores que le retienen donde se halla.

—¡Oh! sí, muchos.

—¿Sabe usted... podría obtener este dato en otra parte si no le es posible facilitarlo... sabe usted cuál de ellos es el más influyente?

La niña Dórrit contestó, después de reflexionar un poco, que recordaba haber oído hablar en otro tiempo de un tal Tito Barnacle, personaje muy poderoso, que era comisionado del gobierno, ó individuo de un Consejo, ó Administrador, ó alguna cosa por el estilo. Habitaba, según creía, Grosvenor-Square, ó cerca de allí, y desempeñaba un alto cargo en el ministerio de Circunlocuciones. La niña Dórrit parecía haberse formado desde su infancia una idea tan terrible de este formidable Tito Barnacle y del ministerio de Circunlocuciones, que sólo el nombre la intimidaba.

—No sería malo—pensó Arturo,—ir á ver á ese señor Tito Barnacle.

—¡Ah!—exclamó la joven, moviendo la cabeza con cierto aire de desesperación,—muchas personas trataron en otro tiempo de sacar de su encierro á mi pobre padre; pero no sabe usted cuán difícil sería conseguirlo.

La joven había olvidado por un momento su timidez, en su sincero deseo de alejar á su nuevo amigo del barco naufragado que él intentaba sacar á flote; y mirándole con una expresión que revelaba su pensamiento añadió:

—Aunque consiguiera ponerle en libertad... lo cual es de todo punto imposible... ¿dónde y cómo viviera ahora mi padre? Con frecuencia he pensado que el salir de donde está, distaría mucho de ser una ventaja para él. Probablemente el mundo exterior no formaría de mi padre tan buena opinión como los que habitan la Mariscalía, ni le tratarían tampoco con tanta bondad; y por otra parte, tal vez le costaría muchísimo acostumbrarse á nueva vida.

Al pronunciar estas palabras, la niña Dórrit no pudiendo contener sus lágrimas, con sus manecitas se cubrió el rostro; pero al momento se repuso y añadió:

—Sería un nuevo pesar para mi padre saber que yo trabajo

á fin de ganar un poco de dinero, y que mi hermana hace otro tanto. ¡Se inquieta tanto por nuestra suerte, y es tan buen padre!

Arturo dejó pasar aquel momento de aflicción de su compañera, que no estaba acostumbrada á pensar en sí misma ni á importunar á los demás con sus confidencias, y cuando lo creyó oportuno, continuó su interrogatorio:

—¿Tendría usted mucha satisfacción si su hermano recobrase la libertad?

—¡Oh! me daría por feliz.

—Pues bien, esperemos que se podrá hacer algo por él.

¿No me habló usted ayer de un amigo?...

—Sí, un tal Plornish—contestó la pequeña Dórrit.

—¿Y dónde vivía?

—En el pasaje llamado del Corazón Sangriento; pero sólo era albañil—añadió la joven, como para advertir á Clennam que no debía hacerse ilusiones sobre la posición social de Plornish.—Creo que habita la última casa.

Arturo apuntó las señas y dió las suyas. Había hecho ya todo lo que esperaba hacer por el pronto; pero no quería separarse de su compañera sin convencerla de que podía contar con él para todo.

—Ya tenemos las señas de un amigo—dijo Arturo, guardando la cartera en el bolsillo;—y ahora, permítame usted asegurarle que tiene en mí un protector; puede estar convencida de ello; yo no hago cumplidos ni añadiré, por lo tanto, una palabra más sobre este particular.

—Es usted verdaderamente bueno para mí, caballero—contestó la niña Dórrit,—y no es necesario que me dé usted seguridades, porque le creo de todo corazón.

Arturo y su compañera cruzaban por calles cubiertas de lodo, codeados á cada instante por aquella multitud de vendedores y vagabundos que pululan en los barrios pobres; nada había allí que pudiese recrear ninguno de los cinco sentidos; pero aquel paseo entre el ruido, el barro y el viento, tenía un encanto indecible para Clennam. ¿Consideraba siempre á su compañera como una niña? ¿Y no le parecía á la joven que su acompañante tenía demasiada edad? ¿No eran el uno para el otro un misterio impenetrable en aquel encuentro predestinado de sus existencias? Poco nos importa saberlo por ahora. Arturo Clennam sólo pensaba entonces en la precaria situación de la joven, en su solicitud cariñosa para con los demás, en su inocencia y en su juventud.

Habían llegado á High-Street (calle Alta,) donde estaba la prisión, cuando oyeron una voz que gritaba á sus espaldas:

—¡Madrecita, madrecita!

La niña Dórrit se detuvo, y vió una mujer extraña que, corriendo hacia ellos, cayó en el lodo, con su cesta de patatas, las cuales se diseminaron, quedando sepultadas en el barro.

—¡Oh! Maggy—exclamó la niña Dórrit,—¡qué torpeza!

La mujer, que no se había hecho daño, levantóse presurosa y comenzó á recoger sus patatas, en cuya operación la ayudaron Arturo y la joven. Maggy encontraba pocos de sus tubérculos, pero en cambio recogió gran cantidad de lodo, hasta que al fin consiguió colocarlas todas de nuevo en la cesta; hecho esto, la buena mujer se limpió la cara con la punta del pañuelo, y entonces Clennam pudo ver sus facciones.

Era mujer de unos veintiocho años, corpulenta, de manos y pies muy grandes, ojos casi incoloros y transparentes, y escaso cabello. Su fisonomía, bastante fea, hubiera sido casi repugnante á no ser por la sonrisa que continuamente entrecabría sus labios. Un gran gorro blanco, adornado de cintajos, dificultaba de tal modo el equilibrio de su raído sombrero negro, que éste pendía de las cintas sobre la espalda. Sólo una comisión de traperos hubiera sido capaz de hacer un informe sobre las telas que componían el vestido de aquella mujer, que á vista de pájaro parecía una colección de hierbas marinas, á la que se hubiese agregado en algunos sitios una gigantesca hoja de te; en cuanto á su chal, hubiérase dicho que había cocido mucho tiempo en una cafetera.

Arturo miró á la niña Dórrit con una expresión que parecía preguntar quién era aquella mujer.

—Es Maggy, caballero—contestó la joven, que había comprendido al punto aquella muda interrogación.

—Maggy—contestó como un eco la mujer.

—Es la nieta...—añadió la joven.

—Es la nieta—repitió Maggy.

—De mi anciana nodriza, que murió hace largo tiempo—acabó de decir la niña Dórrit.—No puede usted figurarse qué buena es esta mujer.

—Ella sí que es buena—dijo Maggy.

—Para los recados no hay otra más lista—continuó la joven;—es tan fiel como el Banco de Inglaterra y gana su vida sin pedir nada á nadie. Me ha manifestado siempre el más cariñoso afecto.

A cada uno de estos elogios, Maggy sonreía con marcada satisfacción.

—¿Cuál es su historia?—preguntó Clennam.

—¡Oh! muy sencilla; tenía una madrastra que no la trató muy bien. A los diez años fué atacada de una fiebre maligna y la pobre Maggy hubo de ir al hospital para curarse; pero dice que desde aquella época no ha envejecido, y siempre responde que tiene diez años cuando le preguntan su edad.

—Sí, á los diez años—repitió la mujer;—pero ¡qué hermoso hospital! ¡allí se vive bien!

—Antes de ir no había gozado un momento de tranquilidad—añadió la niña Dórrit,—y por eso no se cansa nunca de elogiar aquel establecimiento.

—¡Qué buenas camas!—exclamó Maggy,—¡qué limonadas, qué naranjas, qué vino y qué caldos! ¡Oh! ¡es un sitio delicioso para los que pueden estar allí!

—Por eso permaneció en el hospital mientras pudo—dijo la niña Dórrit,—hasta que al fin no quisieron albergarla más tiempo y hubo de marcharse. La madrastra no sabía qué hacer de ella, y la trataba muy mal; pero al fin la muchacha comenzó á atender lo que le decían y á ser laboriosa, y poco á poco ganó lo bastante para mantenerse, como lo hace hoy.

Clennam no necesitaba ver cómo Maggy acariciaba las manos de la pequeña Dórrit, para comprender desde luego que ésta había sido la consejera y protectora de aquella mujer.

La excursión tocaba á su fin, porque habían llegado al patio exterior de la Mariscalía; Arturo se despidió de la joven, deteniéndose después para contemplarla hasta que penetró en la prisión: seguida de su corpulenta amiga, nunca le había parecido tan pequeña.

Y mientras la puerta de la jaula se abría para dar paso á la inocente avecilla, Arturo Clennam se alejaba con lentitud, abismado en sus reflexiones.

